

Juan Antonio Massone <sup>1(\*)</sup>

# Literatura y Pobreza

Publicado por [www.escritores.cl](http://www.escritores.cl)

## Resumen

Literatura y pobreza han mantenido una relación fecunda en las letras chilenas. Los diversos formatos que explayan lo humano a través de la palabra ofrecen pruebas abundantes de esa condición humana afligida y precaria que llama, desde el vientre al alma, en nuestro país. Poetas y narradores han enriquecido sus cualidades expresivas, encarnando una estética que reacciona frente a las peripecias de niños, adultos y ancianos. Asimismo, las perspectivas ofrecidas a ese respecto por los escritores son muy variadas. Algunas contienen el hervor de la protesta; otras, la conmiseración. Si las hay dedicadas a deplorar las injusticias; no faltan aquellas que enfatizan debilidades humanas, igualmente causantes que las anteriores, de los estados de postración en que se sumen las historias y las expresiones de las obras.

La palabra sabe aproximar lo distante y, en su fragua, se alistan modos y consecuencias de los padecimientos y esperanzas humanas. De ello se exponen, a continuación, ejemplos relevantes en numerosos textos de la literatura chilena del siglo XX, período que nos ha parecido más pertinente de exponer, en esta oportunidad, sin perjuicio de lo cual reconocemos que, durante los siglos coloniales, existieron testimonios de cronistas así como de escritores decimonónicos, respecto del tema que nos ocupa.

---

1 (\*) Poeta, ensayista, antólogo y profesor, es Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua.

## Abstrac

Literature and poverty have been deeply related in the Chilean literature. Through out different ways and genders it is pretty clear the hint of this terrible human condition that calls for mercy from the human depth to the soul being clear that it has been present in our country. Poets and narrators have reacted towards the subject mentioned before with an aesthetic sense of how children, grown ups and old people live involved in this kind of environment. Some works show anger or it is a kind of a protest regards this fact, others show mercy, of course there are many that present how the writer disagrees with poverty and expresses how unfair are certain situations or how human weakness bring up ugly aspects of this world.

So the word comes and goes through ways and tones that are worked out with suffering and human hope. The following are texts which present some examples from the very many written in Chile in the twentieth century.

Palabras clave:

Literatura

Pobreza

Voz poética

Modo de presentación

## I. Introducción

La relación entre ambos términos ha sido constante en las letras chilenas. La pobreza es asunto que goza de manifestación variada y rica en la literatura. No es obligatorio lucubrar demasiado para alcanzar algunas razones de tal presencia. De una parte, nuestro país se ha caracterizado mucho más por el ingenio de sus habitantes y la resistencia ante la adversidad que por la obtención de riqueza fácil que pudiera regalarse en muelle vida. A poco de llegar los españoles y vueltos al Perú los almagristas, se les motejó de rotos, los rotos de Chile. Como es sabido, ese desdeñoso marbete no se refería a modales ni a carencia de letras, porque quienes habían quedado en el futuro vierreinato, no aventajaban, en esos respectos, a los defraudados que volvieron con las manos y los bolsillos vacíos.

Un segundo motivo posible de explicación a propósito de la rica gama de la pobreza en la literatura puede hallarse en el interés y preocupación de los escritores por aquellos destinos desasistidos de fortuna, los que conforman, desde siempre, una ostensible mayoría y ante quienes, la literatura suele reaccionar con mayor interés, porque en esa tensión de humanidad y de circunstancias cree hallar mayores y más profundos motivos de creación.

Quizás si un tercer aspecto lo constituya el origen familiar de la mayoría de los escritores. Los más pertenecen a la clase media; otros, al pueblo; y algunos, a las familias más pudientes. Tomando en cuenta que la escritura despliega concepciones y aprendizajes desde lo vivido, una cantidad apreciable de poetas y narradores se sienten interpelados por aquellas realidades en que el ser humano debe enfrentar lo adverso. Con todo, no debería obtenerse de esta observación mucho más que las naturales predilecciones a las que cada uno pudiera sentirse atraído o ser más proclive. A fin de cuentas, la riqueza literaria no obedece a clasificaciones sociológicas, sino estéticas, a las que sólo los tiempos acaban por conferir cierta pátina perenne.

Empero, es necesario despejar de entrometidas nebulosas la noción de pobreza sita en novelas, cuentos y poemas. Desde

luego, no todo lo popular es sinónimo de pobreza como tampoco el boato y elegancia resta ausente de alguna precariedad. Puestos en el brete de exponer la presencia de la pobreza en la literatura de Chile, nos es forzoso decir que el elenco forjado de ella en muchas obras a través del tiempo ha variado de énfasis y relaciones relativas a la cambiante sociedad. Así, hallaremos las previsible vidas humanas del conventillo, del arrabal o de los campesinos indefensos respecto de tropelías y avasallamiento de los poderosos y de la naturaleza. Pero, también, aparecerá en la vida urbana del siglo XX, y cada vez con más asiduidad, la ausencia de recursos en el trabajo urbano, en la mujer y en los jóvenes, aherrojados al torrente de un vivir contradictorio, más en calidad de instrumentos que de protagonistas; y, por lo mismo, más propensos a ser víctimas que forjadores de la propia existencia.

Lo que expondremos en las páginas siguientes obedece a esa variable condición humana de indefensión y de precariedad, ya en lo rural, ya en el medio citadino. Debemos entender, pues, que la pobreza en la literatura chilena abarca la escuálida materialidad no menos que el vicio del espíritu. A veces, es provocada por agentes exteriores; en otras, por el propio sujeto. En suma, acoge una generosa presencia de las diferentes situaciones en las que el sufrimiento y el clamor humanos perfilan el vivir.

Lejos de ser exhaustivo, este trabajo se inclina más al panorama que a la prolijidad morosa. No pretende mucho más que aportar un somero recuento del horizonte de la indigencia acreditado en abundantes páginas de nuestros escritores.

## **II. Palabra de poetas**

**2.1** Carlos Pezoa Véliz (1879-1908) fue uno de los primeros autores en incorporar a sus textos algunas existencias que mejor clarifican el pauperismo. Nadie ignora que él vivió privado de opulencias y, en consecuencia, debió padecer más de una visita de la pobreza. El famoso poema "Tarde en el hospital" expresa, como pocos, esa condición inerme que significa la enfermedad.

Con todo, fue en “Nada” donde sintetizó un ejemplo inolvidable del adverso destino que culminó en la muerte de un Nadie para los demás. “Era un pobre diablo que siempre venía/ cerca de un gran pueblo donde yo vivía; / joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,/ siempre cabizbajo...¡Tal vez un perdido!”.

Un día murió aquel hombre. Su cadáver provocó curiosidad, no misericordia. En rededor todos ensayaron explicaciones a propósito de su identidad desconocida, pero al cabo no dieron con ella. Había que terminar pronto con el caso y se ordenó su inhumación. ¿Qué decir de alguien que fue un olvidado de toda fortuna?

“Una paletada le echó el panteonero;/ luego lió un cigarro, se caló el sombrero/ y emprendió la vuelta. Tras la paletada/ nadie dijo nada, nadie dijo nada”.<sup>2(1)</sup>

**2.2** Próxima a la muerte, la pobreza alcanza en la voz poética momentos de dramatismo extremo. La existencia es amenazada de pérdida completa. Así sucedió con el poeta de las Elegías chilenas. Recuerdo, alegría y juventud sufren de ser potencias vulneradas. Así, el hombre deplora su indefensión en vistas de una orfandad que se le impone dentro del tiempo, en el tuétano vital, acaso decretado su naufragio desde un poder absoluto e impasible. ¿Qué decir cuando apenas resta un poco de hálito en la consciencia?

José Domingo Gómez Rojas (1896-1920), joven poeta mártir, estampó en un breve poema los estragos de la muerte, esa pobreza suma que pareciera vendaval o naufragio, apenas morigerada por la Misericordia de cierre en cada dístico, aunque el final reconozca una derrota de esa niveladora universal que enmudece a lo viviente.

“La juventud, amor, lo que se quiere,  
ha de irse cono nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere  
Morirá en el futuro. ¡Miserere!

---

2 (1) ARTECHE, Miguel; MASSONE, Juan Antonio; SCARPA, Roque Esteban: Poesía Chilena Contemporánea, p 15.

La tierra misma lentamente muere  
Con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizás la muerte que nos hiere  
También tendrá su muerte. ¡Miserere!<sup>3(2)</sup>

**2.3** Con ahínco de voz estremecida, Gabriela Mistral (1889-1957) padeció el zarpazo brutal de la muerte entrometida. Se le incrustaron tribulación y duda, resquemor y rebeldía, antes de conseguir asimilar de aquélla esa constancia cruel, categórica e ingobernable.

Como quien fuera arrasada en el corazón, su palabra expresa el más completo de los abandonos. El amor huido, la imposibilidad de ser madre, la falta de certezas en que la razón pudiera anclar un principio explicativo culmina en un vórtice de locura, de demasía inclemente, al sentir el abandono de Dios. ¿Podría imaginarse una miseria más total que la de una criatura olvidada por el Creador tal como aparece en “Nocturno”?

“Padre nuestro que estás en el cielo  
¿por qué te has olvidado de mí?  
Te acordaste del fruto en febrero,  
al llagarse su pulpa rubí.  
¡Llevo abierto también mi costado,  
y no quieres mirar hacia mí!”<sup>4(3)</sup>

Cierto, los poetas no atienden únicamente a lo de fuera. Con renovado ímpetu, a menudo se vuelven hacia la propia humanidad caída para mejor testimoniar los efectos lancinantes de una pobreza ubicua, metamorfoseada en mil circunstancias adversas, motivos todos de clamor y de expresión desbordantes, estremecidos, conmovedores.

Acuden a la cita aquellos textos evocadores de la indigencia de los más desprotegidos. ¿Olvidaremos los famosos “Piececitos de niños” y aquellos otros dedicados a las mujeres pobres de Chile y del continente, agravadas sus circunstancias en el caso de ser indígenas?

---

3       (2) Ibid, p 65.

4       (3) MISTRAL, Gabriela, Poesías Completas, p. 79.

Mas la atención puesta en la indignante penuria conoció de otras manifestaciones de predilección mistraliana, como lo fueran varias de sus rondas en las que invita a incorporarse al ruedo a pesar de todos los pesares. Es decir, la pobreza dignificada en el llamado a levantarse y a poner en pie la dignidad, participando. “Una niña que es inválida, dijo./¿cómo danzaría yo?/ Le dijimos que pusiera/ a danzar su corazón”.<sup>5(4)</sup>

Pero es en la galería de algunas de esas “locas mujeres”, de Lagar (1954) donde ofrece ejemplos de dolorosa indigencia, desde la acedía hasta el abandono. “¿Por qué trajiste tesoros/ si el olvido no acarrearías?/ Todo me sobra y yo me sobro/ como traje de fiesta para fiesta no habida;/ ¡tanto, Dios mío, que me sobra/ mi vida desde el primer día”, dice la Abandonada, a la que siguen de cerca algunas palabras de la Desasida: “Pero me iré cualquier día/ sin llantos y sin abrazos,/ barca que parte de noche/ sin que la sigan las otras,/ la ojeen los faros rojos/ ni se la oigan sus costas...”.<sup>6(5)</sup>

**2.4** Reconocido por su timbre atronador, de vehemencia incalculable, la obra de Pablo de Rokha (1894-1968) es un alegato físico y metafísico, así político tanto como afectivo cuando viera en algunos personajes populares esa epopeya mayor de la existencia debatida entre dos fuerzas asimétricas: la condición singular, encariñada de lo próximo, de lo familiar, del terruño, de los hábitos, y el adverso signo de una sociedad nacional, continental y mundial—acéptese la ascendente cacofonía—que disemina una siembra envenenada de injusticia y tropelías al por mayor. Es así como sus largos versículos son aspas de iracundia, de reacción en cadena, propagadores de ánimo tempestuoso. Libelo acusatorio y desplante profético no se encogen en el arremetimiento de voz airada, colosal, decidida a luchar hasta el fin, sin tregua, sin morigerar verbos ni mellar el filo de férrea voluntad.

“La miseria social me ofende personalmente,  
y al resonar en mi corazón las altas y anchas masas humanas,  
las altas y

---

5       (4) Ibid, p 227.

6       (5) Ibid, pp 596 y 606

anchas masas de hoy,  
como una gran tormenta me va cruzando, apenas  
soy yo mismo íntegro porque soy mundo humano, soy el  
retrato bestial  
de la sociedad partida en clases,  
y hoy por hoy trabajo mi estilo arando los descalabros".<sup>7(6)</sup>

Con índice en gerundio y vozarrón de héroe insobornable, el verbo rokhiano se aglomeró en *Estilo de Masas* (1965), subiendo a todo dar la *Gran Temperatura* (1937) del *Acero de Invierno* (1961). Todo fue asunto de jugarse la vida, de arriesgar el pulso, de bramar a contracorriente. Todo o nada, o mejor, el todo por el todo fueron su lema. Arenga en que acometió la reciedumbre y fijó el sitio de su destino. Porque, además de decir, de maldecir, de acusar, de emprender una batalla mayor en cada recodo, se supo él mismo materia de pobreza ensañada hasta el extremo en que debía inmolarsse como un héroe trágico:

"Mordido de canallas, yo fui "el gran solitario de las letras chilenas", guerrero malherido, arrastro un desgarrado corazón proletario y la decisión épica de no caer vencido".<sup>8(7)</sup>

**2.5** ¿Qué le sucedió a Teófilo Cid (1914-1964) que cambió sus hábitos de hombre atildado por la condición desarrapada del pordiosero? ¿Cómo dejó caer la escritura de poemas y de enjundiosos artículos en el abandono de la indefensión alcohólica?

El poema "El bar de los pobres" no es documento que responda a estas preguntas, pero nos sitúa en un quicio de ver la vida desde el otro lado, con el prisma de la inopia y el ansia de acercar alfabeto a un mundo agujereado e inhóspito.

Ajena a la explicación sociológica del cuerpo social, la voz lírica del texto exhibe consciencia al percibir la humanidad latente, los retazos de sueños de esos pobres portadores de pretéritos arrumbados, ahora entumecidos, apenas jirones debajo de la miseria sin mañana.

---

7       <sup>(6)</sup> ROKHA, Pablo de, *Epopéya del fuego*, p. 258

8       <sup>(7)</sup> *Ibid*, p. 116.



“Hoy he ido a comer donde comen los pobres,  
donde el pútrido hastío los umbrales inunda  
y en los muros dibuja caracteres etruscos,  
pues nada une tanto como enfrío,  
ni la palabra amor, surgida de los ojos,  
como la flor del eco en la cúpula perfecta”.<sup>9(8)</sup>

El modo de expresión corresponde, en estos versos, a quien sopesa realidades, descubre en ellas algunas insuperables fracturas de la existencia o, cuando menos, declara caminos sin regreso. Aquellos pobres han quemado las naves de cuanto pudo haber sido ocasión más amable y benigna en sus días.

**2.6** Desde *Crepusculario* (1923) mantuvo Pablo Neruda (1904-1973) especial atención hacia las insuficiencias y pobreza sociales. En ellas vio una implacable y despiadada injusticia de lo real, efecto de un trabajo concebido en calidad de mercancía por parte de los poseedores de la riqueza. “Y entre la noche negra—desesperadas- corren/ y sollozan las almas de los obreros muertos”, escribió. Y también cuando considerara la situación ciudadina: “Las ciudades—hollines y venganzas--,/ la cochinateda gris de los suburbios,/ la oficina que encorva las espaldas,/ el jefe de ojos turbios”.<sup>10(9)</sup>

Pero a ese natural resquemor juvenil que despertaran ejemplos de feas e inclementes realidades, le siguieron múltiples ejemplos a través de una visión afiliada a su postura política. En *Canto General* (1950) escribe una dilatada historia de discordias y de expolios padecidos en América. En el caso de Chile, su identificación y afecto se inclinaron de parte del obrero, del pescador, del minero, del campesino, en pocas palabras, del pueblo protagonista de una historia silenciada. A ese personaje colectivo le atribuirá nombres diversos, pero lo concebirá en calidad de portador regenerativo de una nueva historia, porque ese hombre popular será un heraldo en la lucha librada a favor de la justicia, cimiento y respaldo de la libertad, enfatizó el poeta.

---

9       (8) ARTECHE, Miguel et al, *Op. cit*, p. 123

10      (9) NERUDA, Pablo, *Crepusculario*, pp. 45 y 40

“Detrás de los libertadores estaba Juan  
trabajando, pescando y combatiendo,  
en su trabajo de carpintería o en su mina mojada.  
Sus manos han arado la tierra y han medido  
los caminos.  
Sus huesos están en todas partes.  
Pero vive. Regresó de la tierra. Ha nacido.  
Ha nacido de nuevo como una planta eterna.  
Toda la noche impura trató de sumergirlo  
y hoy afirma en la aurora sus labios indomables.  
Lo ataron, y es ahora decidido soldado.  
Lo hirieron, y mantiene su salud de manzana.  
Le cortaron las manos, y hoy golpea con ellas.  
Lo enterraron, y viene cantando con nosotros.  
Juan, es tuya la puerta y el camino.  
La tierra  
es tuya, pueblo, la verdad ha nacido  
contigo, de tu sangre.  
No pudieron exterminarte. (···).

Pueblo, del sufrimiento nació el orden.

Del orden tu bandera de victoria ha nacido.

Levántala con todas las manos que cayeron,  
defiéndela con todas las manos que se juntan:  
y que avance a la lucha final, hacia la estrella  
la unidad de tus rostros invencibles”.<sup>11(10)</sup>

**2.7** Nacido un año antes que Cid, Braulio Arenas (1913-1988) prodigó su constancia literaria en todos los grandes formatos. Tomó parte activísima en el grupo La Mandrágora, adicto al surrealismo, aunque luego el poeta se alejara de tales rumbos. En este caso viene de perlas un poema suyo: “El Cristo pobre”. Curioso enfoque el del texto. La voz lírica se conduce de la aflicción de Cristo, a quien asimila afectuosamente en calidad de compañero de ruta. Esta perspectiva de la pobreza por cercanía e identificación que provoca un sentimiento compasivo.

---

11 <sup>(10)</sup> NERUDA, Pablo, *Canto General*, p. 261

“Te vi abismado, Cristo pobre,  
Cristo del pobre sin un cobre,  
perdonador porque eres bueno.

De todo, Amor, te despojaron,  
sólo las llagas te dejaron,  
Cristo tan pobre, tan chileno”.<sup>12(11)</sup>

**2.8 Actitud de testimonio admirativo, propia de quien está delante de una vida concluida para el mundo, pero fecunda en su humildad de servir que la identificara, junto a la silente aceptación de ocupar planos secundarios, según las apariencias, es aquella que Rosa Cruchaga (1931) saluda, reverente, ese misterio mayor que es la muerte, cuando ya alguien está más allá de vanas y provisionales consideraciones. Mercedes, una antigua empleada de casa, ha fallecido. Ella, quien fuera la servidora de tantos, obtiene blasones en el día de su funeral. Los papeles se invierten. La mujer pobre, de apariencia aminorada, asciende a soberana. Los otrora mandantes se encargan de rodear los restos fatigados y brindarle sus respetos. La pobreza de aquí y de ahora se invierte, de acuerdo a la concepción cristiana, para transfigurarse en esplendor sin ocaso.**

Por fin, tosca Mercedes, te refinas.  
Te han puesto en un cajón con indulgencias  
y te llevan, cubierta por hortensias  
que plantaste: a la tierra en que terminas.

Por fin sin reumatismo. Y no caminas  
arrastrando en pantuflas tus paciencias.  
Vas en hombros. Hoy te hacen reverencias  
los amos de jardines y cocinas.

Hoy tus flores barriendo las basuras.  
Hoy es viernes de feria y no te apuras  
que nadie hoy te dirá: te has atrasado.

---

12      (11) ARENAS, Braulio, *En el mejor de los mundos*, p.

Por la calle del río y del mercado  
al descanso, Mercedes, que has comprado,  
en tu cesta te vas, entre verduras.<sup>13(12)</sup>

Trátase, en este caso, de la pobreza redimida. Al fin y al cabo, aquello que distingue el vivir termina por granar una actitud que acaba de ser reconocida, amén del seguro galardón trascendente que alcanza la existencia cumplida como misión.

**2.9** Ese mirar sin ver, o el hacerlo de modo empañado es una de las constantes humanas que resalta en los poemas de Roque Esteban Scarpa (1914-1995). Muchos de sus textos contraponen la verdadera realidad con los asedios de la suposición, de la injusticia, de la ingratitud y de la vanidad ofrecidas al otro y a sí mismo. De cualquier modo, formas de la limitación y pobreza de lo humano, tan contrastante con la mirada de Dios que “ve posibles luces en las sombras/ y contempla seguras sombras en restringidas luces”. En cambio, los mortales “Somos la noche que está dentro del día/ y el mediodía en el cenit de la noche;/ somos la tierra que soñó en estrellas/ y la luz que acaricia el polvo originario”. Por eso mismo, la advertencia de otros versos quiere precaver de una conducta distraída, ligera y torpe que acusa ese preferir los engaños aparentes en perjuicio de lo cierto: “No juzgarás según la vista de tus aparentes ojos,/ porque el hombre se pierde en la apariencia”.<sup>14(13)</sup>

Como si el vivir supiera de segura autenticidad sólo en el conocimiento final de los reveses, Scarpa insistió en las paradójales experiencias cuando lo provisorio es distracción presumida de una importancia que no se posee o de un presunto acierto que es dislate. Y ello también corresponde a pobreza de ser, pues la proclividad de lo aparente adultera la clave misteriosa de vivir, trocándola en contradictorio suceder de tiempo que se despoja de sí y deshabela de luces; gobierna incluso la experiencia amatoria al acudir o al desestimar torpemente a otro en ese “amor que dimos cuando no quisieron/ y el no recogido cuando lo engendramos”.<sup>15(14)</sup>

---

13 (12) CRUCHAGA, Rosa, *La jarra oscura*, p. 138.

14 (13) SCARPA, Roque Esteban, *No tengo tiempo* T. III, pp. 62, 78, 163.

15 (14) SCARPA, Roque Esteban,<sup>12</sup> *No tengo tiempo* T I, p. 182.

**2.10** Circunstancias de extrema indefensión empobrecedora es el exilio y la tortura que han padecido tantos. Valiéndose del clásico soneto, Miguel Arteche (1926) ha puesto esas llagas en el tapete de la poesía. No se crea que metaforiza como un impasible auditor de situaciones ajenas. En ambos textos, sabe hablar el horror y el desnudamiento traído por lo más adverso. “El joven torturado”, escrito en 1967, corresponde a un soneto que reconstruye el martirio propinado a quien se da muerte en una celda de suplicios. La voz poética revive aquella muerte. Tres veces “Ahora” marca ese presente del poema: “Ahora veo que tu sangre salta”, “Ahora palpo el muro repetido”, hasta culminar en los dos tercetos en que recrea la vesania de fatídicos dictámenes:

“Ahora te desnudan en la noche,  
te arrebatan la piel, la voz te llagan,  
te dejan en montón sobre las piedras,

te dividen en mil, te deshombrecen,  
y te matan la luz que en ti vivía,  
y escupido en la sombra allí te dejan”.<sup>16(15)</sup>

Pobreza máxima provocada por la insania. Sólo unos despojos los restos taladrados por la alevosía y el desprecio. En ese cuadro atroz, se adivina esa otra miseria, la cainista del ejecutor, eco de quien ordena, indiferente y satisfecho, sembrar de tinieblas y de muerte, las vidas sindicadas de molestas, peligrosas e inmerecidas.

“La visita” corresponde al poema del exilio apurado por la asechanza de esbirros y sicarios. Expresión en primera persona de aquel proceso expoliador de una biografía: casa, familia, calle, memoria, país. Ruma de pérdidas. Se impone la extranjería forzada a la que sólo un atribulado vivir hecho de carencia, de desarraigo y de afecto herido se transfigura en niebla activísima al esfumar contornos y desencajar ánimos y días.

Aquella niebla lo contagia todo con su ímpetu desrealizador.

---

16 <sup>(15)</sup> ARTECHE, Miguel, *Antología Cuarta*, p. 115

“Se sienta aquí sobre una silla sola,  
me mira sin mirar y se desliza  
como el sudario de una ola.  
La niebla tiene sal y tiene prisa.

Y luego borra muros y ventanas,  
mañana y mañanas y mañanas:  
me borra todo con su voz borrosa,

me dice aquí con su pisada trunca  
lo que hay de nunca en la palabra nunca.  
La niebla y yo somos la misma cosa”.<sup>17(16)</sup>

**2.11 Representantes de nuevas generaciones poéticas los casos de Jorge Montealegre (1954), Eduardo Llanos (1956) y José María Memet (1957). En los tres, aparece el motivo de la pobreza en algunos textos cuya brevedad es más bien un concentrado de ironía y de denuncia categórica.**

“Todos los vecinos de mi barrio duermen siesta,  
pero hay chicos que golpean puertas fastidiando:  
piden pan y no dejan  
escribir los mejores poemas sobre el hambre”.<sup>18(17)</sup>

El lenguaje se ha despojado de oropeles y de eufonías. No hace falta más para cumplir la tarea de apuntar la inconsecuencia de actitudes que, por desdicha, suele estar numerosamente representada. Verdadero es el registro de la realidad en su concisión elocuente e incontestable. La voz poética, en el caso de Llanos Melussa, se detiene en el hecho y subraya de éste inconsecuencia y desmesura negativas de lo real. El hecho palmario y acusador se enfrenta a la actitud trashumante de quienes pasamos de largo, agregando a la penuria mendiga, el frío de la indiferencia. Es un “Cuadro urbano”:

“Un mendigo yace en la vereda,/ aquí en pleno centro de Santiago,/ y dormirá esta noche a la intemperie,/ dormirá todas

---

17      <sup>(16)</sup> Ibid, p. 181

18      <sup>(17)</sup> *Poesía Chilena Contemporánea*, p. 306.

las noches de este invierno/ apenas abrigado por periódicos,/y nosotros pasaremos a su lado cien veces / como el viento que arrasa su lecho de papeles,/ como un escalofrío más en su cuerpo amoratado".<sup>19(18)</sup>

Tampoco existe ocasión de evadir la injuria que echa en cara la famélica indigencia. En dos breves textos, Memet expone y considera la realidad de un niño limosnero, como presencia desvaída o aplazada en la atención adulta: "Para un niño limosnero/ Qué oscuro puede resultar un pan/ Cuando lo pierde en la noche". (Humanidad I); **trascartón se reitera en "Humanidad II"**: "Uno puede caminar muchas veces/ Al lado de un niño/ Pero no todas las veces/ Puede sentir su misma hambre".<sup>20(19)</sup>

**2.12** La libertad confiscada constituye la materia del poemario Dawson (1985), de Aristóteles España (1955). Voz testimonial, la suya representa de modo cabal la experiencia de presidio, confinamiento e incertidumbre de mucha gente a partir del golpe de estado. Alejados, ensueños y proyectos, de la querencia y de cuanto anima el paso cotidiano, sólo cabe desarraigo en las condiciones de extremo rigor que es obligatorio afrontar. La existencia pende de delgados filamentos y las parcas, más históricas que mitológicas, están prestas a cortarlos. "¿Qué será de Chile a esta hora?/ ¿Veremos el sol mañana?/ Se escuchan voces de mando y entramos a un callejón/ esquizofrénico que nos lleva al Campo de/ Concentración/ se encienden focos amarillos a nuestro paso/ las ventanas de la vida se abren y se cierran".<sup>21(20)</sup>

**2.13** Una presentación distinta de la pobreza corresponde al poeta Joaquín Alliende (1935). Sus poemas suelen acoger la historia sacra y el episodio cotidiano con tono de cercana familiaridad en la que se piensa, sopesa y manifiesta el temblor de sentir en un ensamblado argumento que significa la vida humana y la del planeta, en tanto desvirtuadas creaciones de Dios.

---

19      (18) LLANOS, Eduardo, *Miniantología*, p. 53.

20      (19) MEMET, José María, *Bajo Amenaza*, pp. 87 y 88.

21      (20) ESPAÑA, Aristóteles, Dawson, p. 15.

El gran acontecimiento del Viernes Santo consigue versiones en las que se rescriben los tiempos, se atan cabos lejanos a los próximos, así la presencia de Dios en el Niño de María y en el Hijo sacrificado alcanzan contigüidad del antes, del ahora, de aquello que advendría. Día de máxima orfandad, la miseria es cuerpo lacerado, culminación cruenta de la ceniza, la misma con que “unos soldados/ escribieron INRI”. En tanto, “Una cascada de hiel/ brota de la esponja./ ¡Tengo sed!/ La mosca chapotea en la sangre.// María sabe bien/ cuando es la hora del parto.// Esa lanza viene volando”.<sup>22(21)</sup>

Nótese la alteración cronológica que da cuenta de la mirada anticipada de Dios hacia aquella biografía de la encarnación. Los tiempos, el previsor y el cronológico, se confunden para mejor resaltar el desasimiento absoluto a que fuera sometido el Verbo. Aceptar esa cruenta y extrema situación paupérrima alcanza una intensidad inimaginable, aunque sencilla, en estos versos.

Sin duda, varios podrían ser los testimonios líricos dignos de evocar al respecto del tema que nos ocupa. Empero, basten los reunidos hasta aquí para ofrecer, a continuación, la palabra a nuestros narradores.

### **III. La palabra narrativa**

Con el advenimiento del siglo XX, nuevas voces críticas empezaron a ocupar tribuna y a manifestar el descontento ante el estado de postración que aquejaba a nuestra sociedad durante la época parlamentaria y, luego, el vacilante régimen nacido con la Constitución del 25. Por entonces aparecieron nuevos protagonistas sociales: obreros, estudiantes y mujeres. Los primeros engrosaron las filas de la naciente industria, sin olvidar a los muchos que ejercían diversos oficios con los que apenas obtenían los medios para su manutención. El progresivo desplazamiento rural a las ciudades contribuyó a formar cordones de pobreza y aun de miseria en los arrabales. El campesino y el minero, el obrero y el empleado de la burocracia estatal conforman una galería humana de

---

22 <sup>(21)</sup> ALLIENDE, Joaquín, Clavel del aire, pp. 84 y 85.



indiscutible importancia social. Por su parte, los estudiantes universitarios, sobre todo, reaccionaron ante los desajustes y postergaciones sociales. A través de una creciente militancia política y de conciencia ética venida de la experiencia eclesial, recogerán el clamor justiciero de “humillados y ofendidos” y buscarán transformar el mundo. A su turno la presencia femenina se fue incorporando gradualmente al llamado espacio público, primero en su lucha por los derechos civiles; después, en el mundo laboral, al paso que incrementaba su educación escolar y universitaria y demandaba una consideración suya con mayores fundamentos de persona independiente.

La segunda posguerra incrementó las tensiones ideológicas. Con el desarrollo de los medios de comunicación masivos, Chile se tornó más permeable al influjo de acontecimientos y lemas foráneos. El aumento de la población, la mayor escolaridad alcanzada por los chilenos, la multiplicidad de ofertas de la sociedad de consumo y una más exigente percepción de los derechos humanos llevaron a plantear, discutir y propiciar diagnósticos y soluciones para encarar las numerosas facetas donde se atrincheraba la pobreza o donde la tribulación ofendía con alevosa e indignante dejadez.

Desde luego, los narradores acogieron con acuidad las adversas condiciones humanas de nuestro país. Los modos de presentación literarios adoptaron diversidad de estilos narrativos, evocaron la geografía, las edades de los protagonistas y los aspectos resaltantes de acuerdo a los puntos de vista ideológicos profesados por los escritores. Es así como la variedad de la pobreza ofrecida en novelas y cuentos constituye una de las riquezas de este tema en las letras nacionales. Otra no menos importante corresponde a las reacciones y conductas tenidas por los caracteres al encarar la situación que les aqueja. Visto así, el asunto de que tratamos no es materia adjetiva en la creatividad literaria chilena; antes bien, estampa con matices variopintos esa heroicidad evidenciada por fuerzas contrapuestas: ser humano y diversos modos de fatalidad o de adversas actitudes que se le oponen e intentan su fracaso. A veces, puede ser antagonista la naturaleza; en otras, el medio humano representado en familiares, vecinos, o en lugares de trabajo, los que se conviertan en azote o en

agentes devastadores de las legítimas aspiraciones de los personajes. También existen casos en que el personaje central encuentra un desenlace muy adverso en acuerdo con su conducta extraviada. Con todo, algunos tipos humanos deben luchar a brazo partido por mantener la dignidad y la cordura en manifiesta oposición a fuerzas más impersonales: empresas, burocracia, murmuración, decretos legales, todas muestras de un poder de largo alcance que actúa sobre las desprevenciones e inermes habitantes iletrados o candorosos que caen presos de celadas sociales.

### **3. 1 Pequeños días de lo inolvidable**

La infancia desarrapada, aquella que crece a duras penas entre violencias, privaciones indecibles y acentuadas desdichas con el correspondiente repertorio de soledad, de soliloquio entristecido que, a veces, representa la evasión propicia del agobio inmediato, además del ánimo emancipador que suele desembocar en violencia o en nuevas muestras de dignidad deprimida, son un primer estadio del tema que tratamos.

Augusto D`Halmar (1880-1950) cuenta la historia de una niña huérfana obligada a prostituirse. Purisimita, como le llamaba su madre prematuramente fallecida, debe transformarse en esa Juana Lucero de un lenocinio en donde la postergación y el abuso muestran con parejos trazos la iniquidad e hipocresía sociales. Nótese que esta novela fue publicada en 1902, razón que la torna pionera en la literatura de denuncia. Esta novela despierta un genuino interés de los lectores.

El famoso cronista Joaquín Edwards Bello (1887-1968) narró la historia de un niño en sendas novelas: *La cuna de Esmeraldo* (1918) y *El roto* (1920), quien crece en el prostíbulo "La Gloria", en calle Borja del barrio Estación Central. Los contrastes humanos ofrecidos por cierta ingenuidad y ternura de las asiladas respecto de la sordidez de sus papeles y de quienes les rodean, participan un tono conmisericordioso que alivia de la pesantez deprimida del ambiente.

"El roto se iba con la sífilis y la viruela, borracho, cojo, tuerto,

trágico, arrastrando el espectro de la ramera pobre, dejando en esos escombros lo mejor de sus energías, lo más fuerte de su alma y cuerpo. Se iba para otro lado, mudo y fatalista, sin preguntar a quién dejaba todo eso, abriendo cancha al burgués, al gringo y al futre que venían en nombre de la civilización y de Darwin. En las luchas de la vida, que eran nada más que una cacería en la cual el grande se come al chico para mejoramiento y continuación de la especie, el roto, fuerte, inteligente, audaz, temerario, sucumbía irremediabilmente por las condiciones en que vivía y la falta de educación".<sup>23(22)</sup>

El modo de presentación se sirve de un narrador que dilata el alcance social de la miseria, permitiéndose juicios de valor, cuando no denuncia sin tapujos la lucha entre representantes de culturas diferentes, premunido de toda la carga positivista de aquellos años en que la tendencia denominada Naturalismo hizo gala, transformando, en ocasiones, los libros literarios en documentos sociales o en obras de tesis.

Manuel Rojas (1896-1973) es uno de los maestros narrativos que mejor y más vivamente expuso la indefensión incrustada en la niñez a partir de la pobreza extrema. Se sabe que su propia biografía sirvió de base a muchas de sus páginas memorables. Es así como la convicción de la historia radica en el conocimiento directo de lo que se dice no menos que en el encadenamiento traído por el tejido de los sucesos y el fruto de conclusiones suficientes a hermanar hechos y reflexiones de raigambre humanizada.

Una de las obras más importantes de la novelística chilena es *Hijo de ladrón* (1951), en cuyo extenso desarrollo acontecen mil y una peripecias de una familia pobre, domiciliada en Buenos Aires--ciudad en donde nació nuestro escritor--, alcanzada por las penurias luego del encarcelamiento de "El Gallego", ladrón, y, también, debido al fallecimiento de la esposa, motivo del desmembramiento familiar. Acrece la miseria a la que nada consigue encauzar, porque no sólo desborda toda rivera; asuela el patrimonio más mínimo y la alegría más tímida.

La repentista y desordenada memoria de Aniceto Hevia levanta velos de su dolor y de su hombría de bien, permitiendo

---

23      (22) EDWARDS BELLO, Joaquín, *El roto*, p.150.

conocer adversidades y respuestas dadas al infortunio, razón en que se empeña su esfuerzo y trashumancia que lo trae a nuestro país. Uno de aquellas formas narrativas empleadas por el autor es la reflexión apelativa que le sirve de base al formalizar sus soliloquios en los cuales transforma los hechos vividos en lecciones de experiencia. En este sentido, la narración supera la mera anécdota para dar una versión interesante y protagónica de las peripecias.

“Imagínate que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes localizar, y que no puedes, tampoco, ver ni tocar, y supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinarte, correr, luchar o reír; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor en seguida: aquí estoy, anda despacio. No te quedan más que dos caminos: o renunciar a vivir así, haciendo a propósito lo que no debes, o vivir así, evitando hacer lo que no debes. Si eliges el primer camino, si saltas, gritas, ríes, corres o luchas, todo terminará pronto: la herida, al hacerse más grande de lo que puedes soportar, te convertirá en algo que sólo necesitará ser sepultado y que aún podría pasarse sin eso. Si esto ocurre, querrá decir que tenías un enorme deseo de vivir y que exasperado por la imposibilidad de hacerlo como querías, preferiste terminar, y esto no significará, de ningún modo, heroísmo; significará que tenías una herida, que pudo más que tú y que le cediste el sitio. Si eliges el segundo camino, continuarás existiendo, nadie sabe por cuánto tiempo: renunciarás a los movimientos marciales y a las alegrías exageradas y vivirás como un sirviente alrededor de tu herida, cuidando que no sangre, que no se abra, que no se descomponga, y esto significará que tienes un enorme deseo de vivir y que, impedido de hacerlo como deseas, aceptas hacerlo puedas, sin que ello deba llamarse, óyelo bien, cobardía, así como elegiste el primer camino nada podrá hacer suponer que fuiste un héroe: resistir es tan cobarde o tan heroico como renunciar”.<sup>24(23)</sup>

Pocas veces conocemos de una pobreza interiorizada al punto de servir ella de plinto a la reflexión acerca de las actitudes

---

24 <sup>(23)</sup> ROJAS, Manuel, *Obras Escogidas T. I*, p. 450.

posibles de quien la experimenta. Más que un recuento biográfico, esta cita integra una larga cavilación que hace las veces de himno a las formas dignas y posibles de asimilar el dolor, el fracaso, la endeble condición material redimidos en un sentido de la existencia, porque la totalidad de ésta conforma reserva de tantas facetas que, en su conjunto, ofrecen un genuino retrato de aquello que, como el dolor, termina por pensarse después de mucho sentirse.

Enrique Lafourcade (1927) encara en *Novela de Navidad* (1965) la pobreza de un grupo de niños explotados por un facineroso que les obliga a mendigar en favor suyo y, ante quien, un buen día reaccionan cuando el miedo que los gobernaba suelta las zarpas de la indignidad y del abuso para concluir en una persecución del malhechor y de la independencia que supone su desaparición del horizonte de aquellos infantes. El abandono y los peligros que arrecian aprisionan la edad temprana en la fealdad de un fondo tramposo y perverso. Tal asimetría revela el claroscuro de lo humano cuando se ve sometido a una desvaloración próxima a la esclavitud.

En la novela póstuma *La vida simplemente* (1951), Oscar Castro (1910-1947) retrató una infancia de barrio pobre, incluido un burdel y el consiguiente elenco de humanidades caídas, desvirtuadas, entre las que incluso caracteriza a un hombre tan insignificante que “no hacía sombra en el suelo”, pero también de aquellas vidas capaces de llevar ánimo a otros y a encender el fulgor de la esperanza. El narrador niño camina por las páginas de la novela en calidad de protagonista y de testigo privilegiado. Al mismo tiempo ejerce de sufriente y de persona que morigera los exabruptos de la existencia a base de sensibilidad y ennoblecimiento poético. La suya es palabra acogedora que pasa la áspera piel de los hechos y de las privaciones por el tamiz de la memoria atemperada en la comprensión de lo humano. Ciertamente, la introversión es poderosa y propicia hallazgos y valoraciones en los que el niño sale indemne de negativismos, pero no de congojas:

“El hombre se habitúa desde muy temprano a una especie de mimetismo con el ambiente; pero conserva, allá en el fondo, encarnizadamente, sus grandes afectos, sus cosas más

inviolables. Hay seres a quienes se les va la vida en este juego de ocultamiento, y mueren sin haber visto nunca el rostro de su propia verdad. Sin embargo, basta a veces un incidente pueril para revelarles “el otro”, del cual anduvieron siempre huyendo.

Unos lo consiguen demasiado tarde; otros demasiado pronto.

Y quién sabe si no sea éste el eje único de toda la existencia”.<sup>25(24)</sup>

Ese verse dual, o, al menos, más allá de una entidad categórica y oclusa, advierte de la hondura sensible y del animado convivir de lo íntimo en la consciencia. Oscar Castro fue un contador nato, sobre todo un poeta andariego por los espacios de las imágenes comprometidas en el hablarse a solas de aquellos hervores y dolencias más pertinaces. La infancia fue su reino, de cuyos ámbitos recibió las voces que, a la postre, han contribuido a hacer de él un escritor indispensable en las letras nacionales.

### 3.2 Infancias simbólicas

Especialísimo lugar ocupan, en el panorama novelístico chileno, *Alsino* (1920), de Pedro Prado (1886-1952) y *Patas de perro* (1965), de Carlos Droguett (1912-1996). Ambas son historias de lo insólito. La niñez admite un físico compartido por lo humano y lo animal. Ese rasgo pesa en la opinión de los demás como rareza extrema y es causa de desconfianza que envalentona a un ánimo persecutorio. Los raros, para este mundo, viven y padecen la comprensión cerril y la crueldad deliberada de un mundo agresivo, entregado a la inmediatez instintiva y a la opinión menguada de la rutina y el qué dirán.

Rural el ambiente de *Alsino*, el niño-pájaro arrastra una larga herencia de adversidades: “hijo de padres alcohólicos y distantes, con abuela anciana y apenas un hermano por familia, despierta en el mundo onírico a la posibilidad de alcanzar el imposible que significa volar. Desde entonces los días y las noches se convierten en inconformidad y esperanza. Y es que herencia biográfica y cifra espiritual combaten su alma. Los días se persiguen como ansioso paisaje de una necesidad más imperiosa que la ruda y asfixiante

---

25 <sup>(24)</sup> CASTRO, Oscar, *La vida simplemente*, p. 89.

cotidianidad. Alsino es un niño y lo será siempre. Confía más en la inocencia de los seres creados que en la trampa y crueldad nacidas del egoísmo temeroso de quienes no son mucho más que seres domésticos, carentes de ideales e inquietudes.

Alsino "entiende la voz de las cosas", dice el escritor.(...)

Además de la antinomia interior del protagonista, es permanente, también, la discordancia respecto a los demás personajes. Poli, hermano trivial; el viejo Nazario, anciano picaresco; los crueles niños del carretón, el extraño anacoreta, los terrenales pobladores de Vega de Reinoso con su estrechez de horizontes; Banegas, hortelano; Javier Saldías, verdadero dueño de la comarca; sus hermanas viejas y solteronas, sin olvidar a la suspirante y débil Abigail: niña-compañía, niña-amor, niña-dolor de muerte, que todo eso fue para Alsino. Luego, Rosa, mujer primitiva y ansiosa que enceguece al protagonista y, finalmente, Cotaipa, hijo de compañía y abandono. Dulce y agraz en todos ellos. Más tierra que cielo, sin duda".<sup>26(25)</sup>

A su turno, Bobi es el niño-perro que sobrevive a duras penas en Santiago. Sus antecedentes los conocemos a través de un narrador testigo, custodio y padre adoptivo de este ser desechado por su familia, constituida de padre alcohólico, madre débil y unos hermanos tan despreocupados como crueles. Semejante a la desventurada existencia del personaje de Prado, el de Droguett acumula en sí una tensión dramática que le convierte en alguien que inspira piedad, pero también admiración. No cesa de asimilar el ser que le nace desde abajo, desde sus extremidades inferiores, dispuesto a admitir la realidad de sí, aunque sin mayores comentarios. Desafiante, orgulloso de la condición que le ponía al margen de un buen nombre en los demás, porque ni su progenitores, ni el profesor Bonilla, ni el teniente, ni el abogado Gándara, ni los demás niños, ni Cruz Meneses, el hombre del matadero, aprenden a aceptarlo. Sólo entiende y confía en la bondad de ese ser el Padre Escudero, mentor agustino y amigo de Droguett, quien es citado como la persona que aprecia las calidades de "ese gran muchacho".

Los pormenores de Bobi son narrados en estilo de gran vigor,

---

26 <sup>(25)</sup> PRADO, Pedro, *Alsino*, pp. 210-211

casi sin respiro de puntos apartes, con intención de “olvidar”, porque el narrador es alguien conmovido por esa presencia del niño que, desde la marginación, creció en su afecto para coparle el corazón, al brindarle la oportunidad de protegerlo, de cuidarlo, de quererlo.

En un pasaje de la novela, el narrador revela su comprensión y perplejidad acerca de esa existencia de contradicción que es el niño-perro: “lo que quiero decirte es que tu prueba, tu trabajo, tu forma, esa forma que ahora tiembla de frío bajo las ropas, Bobi, recién comienza achocar con el mundo, este mundo de barriada que te ha tocado en suerte y no debes esperar que despiertes de este sueño; no es un sueño, no estás soñando, Bobi, tu realidad, esta que no existe y que te ha hecho preguntarme tantas veces qué eres tú, no tendrá fin, aunque tú y yo lo deseemos, aunque ellos lo deseen y busquen suprimirla suprimiéndote a ti, no lo lograrán, no podrán lograrlo, porque tú eres sólo un enviado, un enviado de lo alto o de lo profundo y sea quien sea quien te envió, sea cual fuere el motivo por el cual te envió, es un formidable motivo y no tienen explicación lógica retirar del mundo esta forma bella y nueva que tantas resistencias provoca...”.<sup>27(26)</sup>

Alsino quiere liberarse en el vuelo de la contemplación y la justicia; Bobi, identificarse con su parte perruna, muy sensible y mejor amparo a su extrañeza. Más pasivo el personaje de Prado, recuerda la mansedumbre de Jesús sojuzgado; el de Droguett, alterna la lejanía con el contestatario. Combate el entorno, pero termina abatido por el indecible dolor de crecidos sufrimientos. En uno y en otro, es la pobreza templada en el fuego del sufrimiento en pago de ser diferentes. Existencias que, de un modo u otro, son escarnecidas y terminan inmolándose en la enormidad de lo excepcional. Sus raras morfologías crecen en calidad de desafío a los demás y confirman claves personales. El mundo les ha querido encarcelados, pero ellos responden a una libertad en que desbordan leyes y lógicas al uso. Símbolos de personalidades singulares, en ambos la llama interior de sus actitudes perdura, enhiesta, flameante, imbatible por encima de la muerte. Son pobres enriquecidos, porque son habitantes de un más allá inmarchitable.

---

27 <sup>(26)</sup> DROGUETT, Carlos, *Patas de perro*, p. 247



### 3.3 Conventillo y barrios marginales

Una de las condiciones de marginación urbana que trajera el siglo XX fue la proliferación de precarias viviendas—por llamarlas de un modo— en torno de las ciudades. Durante las primeras décadas fueron los conventillos un espacio en donde la fatiga, la estrechez y promiscuidad con todas las consecuencias y situaciones de agobio previsible cundieron en las grandes ciudades y agravaron una miseria material en el sofoco de violencias, vicios y sentimientos abatidos.

Otro escenario fue la barriada, aquellos cruces de calles y de pasajes polvorientos que reúnen una gama de manifestaciones humanas: conductas y oficios, episodios violentos e inquietudes sociales, difíciles convivencias y gestos de gran generosidad. En suma, un mundo tan diverso en los que dispone de sitio y de trato la admiración por los luchadores, el resquemor de quienes tienen abusivos comportamientos, no menos que aquellos ganados por los instintos y abatidos de ideales, e incluso, los emprendimientos de vivir conforme a vínculos de afecto, de clase social y de vecindad.

Las obras narrativas dedicadas a hurgar en las condiciones más negativas de familias e individuos abrazados por la pobreza alcanzaron mucha difusión. Una breve lista de ellas recuerda esa atención preferencial: *Vidas mínimas* (1923), de José Santos González Vera; *La viuda del conventillo* (1930), *La mala estrella de Perucho González* (1935), de Alberto Romero; *Los hombres oscuros* (1938), *La sangre y la esperanza* (1940)), de Nicomedes Guzmán, son algunas de las más representativas.

Sabido es que González Vera (1897-1970) fue un escritor de la difícil facilidad, como decían los clásicos. Lejos de aumentar páginas, las nuevas ediciones de sus libros eran disminuidas. Pero precisamente en esa economía de palabras, aunque jamás de pobreza expresiva, obtuvo elocuencia sin igual.

En *Vidas mínimas* cuenta, en primera persona, los episodios de esas mínimas existencias hospedadas en un conventillo. Las observaciones del autor son una fiesta de perspicacia y de fineza. Lejos de amarguras sin vuelta, esas vidas dejan estela de cercanía amable, reconocible en los semblantes de sus grandes

pequeñeces. Representantes del pueblo y de varios oficios, hombres y mujeres entretejen sus días y expectativas con inesperados guiños de dicha y verosímiles tristezas. Todo es muy humano: las conversaciones y la precariedad del ambiente contribuyen por igual a una historia sencilla en la que resalta la dignidad de Margarita, una mujer joven en que se resume la brega de vivir y las ansias de soberanía en las decisiones que comprometen su futuro.

Con impetuosa narrativa, Nicomedes Guzmán (1914-1964) publicó novelas, antologías y poemas. Pero fue reconocido, principalmente, por sus dotes novelescas.

En *Los hombres oscuros*, la miseria vivida en un barrio proletario, lleva al protagonista, un lustrabotas reflexivo, a contar la historia que le incluye a él y a toda una galería de seres humanos muy heterogéneos pertenecientes a un ambiente sórdido. La desvergüenza de unos y los delitos de otros no eliminan la presencia de personajes que luchan por cambiar la historia fatalizada en vistas del desarrollo personal. En este sentido, expone su parecer y convencimiento de analista social y de fiscalizador del estado del pueblo y de los adinerados.

“El pueblo es una inmensa fuerza, movida más que nada por la intuición y el instinto. Sus defectos se deben a incultura. La intuición y el instinto del pueblo, bien encauzados, educados, guiados hacia un plano superior por la cultura, lo pondrán en situación de demostrar el valor que guarda en sí, el magnífico filón que constituyen los estratos, el egoísmo y la inconsciencia de una sociedad corrompida. La clase alta, en cambio, culta, dotada de todos los medios y posibilidades, llena de aberraciones y vicios conscientes es una fuerza ficticia, es un motor caduco sostenido por el dinero, es un tremendo gusano que agoniza. El porvenir de la humanidad nace de abajo...”.<sup>28(27)</sup>

Llama la atención la descripción de los ambientes físicos y de las atmósferas que envuelven a los jirones de vida que son los caracteres en las novelas de Guzmán. En *La sangre y la esperanza* contienden las fuerzas alevosas de lo maligno y adverso en contra de esa inquebrantable augurio de un mañana mejor.

---

28 <sup>(27)</sup> GUZMAN, Nicomedes, *Los hombres oscuros*, p. 141-142

No se escatiman recursos para aproximar la palpitante miseria ni menos se trata de escudriñar en el abigarrado mundo de los motivos y de las acciones en los que crece la historia, el pormenor y la pobreza. Todo un concentrado de humanidad en carne viva y de alma en caldero.

Alberto Romero (1896-1981) fue un escritor que tomaba apuntes del natural. Aunque trabajaba en una oficina durante la jornada diurna, acompañaba a policías en sus recorridos y redadas nocturnas por los barrios bravos. Esa predilección por el cuadro directo y vivo corresponde a la tendencia naturalista que exigía ser fiel al entorno con tal de dar con el boceto, cuando no con el retrato fiel de un sector social, al tiempo de delinear una explicación psico-social del aspecto tratado en el libro.

Eufrasia Morales, comúnmente conocida como Ufrasia, es *La viuda del conventillo*, novela que mantiene el interés del lector. Mezcla de laboriosidad y de ternura, de instintos desatados y de prudentes decoros, la mujer resalta en un ambiente propicio a las falencias más dispares: alimento, trabajo o buena reputación. Pululan en calles y se asilan en las piezas una galería de personajes menores: lugareños, afuerinos y extranjeros. Ambiente que exalta cierta tendencia de virilidad tabernera y de asperezas salpimentadas de algún destello de sensibilidad menos agobiada de urgencias, pero a la vez, muy peligroso. Porque el amor, en este caso, al mezclar sus afanes con los negocios, termina por debilitar la voluntad de la mujer, y le atrapa en un sinfín de recovecos dañinos y de oscuros vasallajes. El miedo comienza a imperar. Y, luego, la vejez.

Páginas memorables se encuentran en: *Angurrientos*, de Juan Godoy (1911-1980); *Hijuna*, de Carlos Sepúlveda Leyton (1894-1941); *Los días contados*, de Fernando Alegría (1918-2005); *Barrio bajo* (1955), de Luis Cornejo (1930-1992). En cada una la enormidad del destino es avalancha de sueños desmedidos y promesas incumplidas.

Acorralados de pobreza, nostálgicos y solitarios, los personajes de *Obsesión de año nuevo* y otros cuentos (1982), de Ramón Díaz Eterovic (1956). Cada uno siente pasar la vida como negación de sueños.

“Veje te le habían llamado, y eso le removía la conciencia de

su presente situación, de los años pasados, y más que nada de la inercia a la que había llegado, luego de tantas búsquedas ciegas, de tantos sueños a largo plazo que nunca se concretaron, y que sólo lo llevaron a su pobre pieza, sin más consuelo que la ventana que daba al mar, a ese mar austral que cada vez era surcado por menos barcos".<sup>29(28)</sup>

A José Miguel Varas (1928) se le deben narraciones que hacen pie en realidades verosímiles, acaso con gusto biográfico y profunda raigambre de humanidad destacable por cierto candor y un a pesar de todo. Trátase de protagonistas que integran esa categoría de ser grandes en lo pequeño. Los tiempos de las historias son largos retazos de lo querido, de lo vulnerado, de los extravíos propios de actos e impulsos vitales en los que la existencia se pierde para recobrase en la naturalidad de la memoria que recompone intensidades y atesora esa magia desigual a la que allegaran el momento sensual, los pormenores violentos, la expectativa de satisfacer las necesidades enconadas de la pobreza.

Exclusivo (1996), cuentos de muy diverso asunto y extensión, regalan profundidad y ternura, humor del bueno y hosco rigor de las circunstancias. Un vendedor de tren, deja abierto su monólogo, como quien acercara la intimidad al tenor de los desbarajustes padecidos:

"Pasan postes negros y por debajo corre el ruido de las ruedas y de los ejes, tantán cerca, tantán más lejos, siempre repetido. Entonces me sube una pena tan grande, a veces. Tal vez por mí mismo o por el mundo y la vida tan difícil, tanta cosa que pasa. Me dan ganas de morirme, de llorar sin consuelo o de que todo sea de otra manera. Uno piensa qué hacer, qué hacer, tantas trampas, el patrón chupándole la sangre al pobre y el pobre tratando de desquitarse con otro más pobre que él, tomando trago, ¡vamos tomando mierda!, porque esto, porque lo otro, porque uno se murió, porque el de allá se casó, porque le nació guagua al compadre o porque es San Juan".<sup>30(29)</sup>

---

29 <sup>(28)</sup> DÍAZ ETEROVIC, Ramón, La obsesión de año nuevo y otros cuentos, p. 14.

30 <sup>(29)</sup> VARAS, José Miguel, Exclusivo, p. 102

La pobreza prostibularia y de los bajos fondos sociales son representados por las obras de Armando Méndez Carrasco (1915-1983): *Mundo herido* (1954); *Chicago Chico* (1962); *Cachetón pelota* (1970); *La mierda* (1972); y de Luis Rivano (1933), *El rucio de los cuchillos* (1973), así como la narración carcelaria en esas míseras existencias de *El río* (1962), de Alfredo Gómez Morel (1916-1984). En todas ellas, cobra aliento y fragor la reciedumbre instintiva que encarna en despojos y abandonos, a pesar de que los personajes, mimetizados con la adversidad, una vez y otra intentan un salto por encima de las condiciones apremiantes. Con todo, el peso grave de sus biografías impera y les propina una golpiza de sombras, sometiéndolos a sus dominios.

### **3.4 Pobres condiciones en la riqueza**

Uno de los espacios mejor narrados en que se exponen las pobrísimas circunstancias humanas corresponde a los sitios de trabajo. Mina, campo y fábrica son los principales en la narrativa de Chile. Por razones de espacio, sólo nos referiremos al ambiente minero.

El célebre Baldomero Lillo (1867-1923) apuntó de modo imperecedero ese filón de muerte en que debieron debatirse los hombres del carbón. *Subterra* (1904) recrea atmósfera de grisú, hosquedad de roca y encogido martilleo. Asfixia y carrera mortal suelen ser moneda corriente en los cuentos del autor. Por las galerías olisquea nuevas víctimas la muerte. Piques y túneles negrean almas e infunden desesperación de la pobreza extrema en los personajes. Apenas respirar después del turno, apenas una cama recalentada por otra futura víctima, apenas alguien a quien abrazar entre miseria y cansancio. Y el pronto regreso a las entrañas ariscas de la tierra. Chiflón del Diablo. Jamás una luciérnaga. No hay más futuro que ser despojo después de un derrumbe o la penuria de pulmones carcomidos a edad temprana. Ambas circunstancias: pobreza agresiva. Luto. La vida de esos mineros corresponde a un expolio cotidiano.

"Aquella marea implacable que subía lenta, sin detenerse, lo cubría ya hasta el cuello, y de improviso, como si el peso que gravitaba encima hubiese sufrido un aumento repentino, se produjo un nuevo desprendimiento y la lívida cabeza con los cabellos erizados por el espanto desapareció, apagándose instantáneamente su ronco grito de agonía. Pero, un momento después surgió de nuevo, los ojos fuera de las órbitas y la abierta boca de arena.

La madre, escarbando rabiosamente aquella masa movediza, había logrado otra vez poner en descubierto la amoratada faz de su hijo, y una lucha terrible se trabó entonces en derredor de la rubia cabeza del agonizante. La anciana puesta de rodillas, con el auxilio de sus manos, de sus brazos, de su cuerpo, rechazaba, lanzando alaridos de pavor y de locura, las arenosas ondas que subían, cuando el último hundimiento tuvo lugar. La corteza sólida carcomida por debajo se rompió en varios sitios. Los que estaban cerca de los bordes sintieron que el piso cedía súbitamente bajo sus pies y rodaron en confuso montón dentro de la hendidura. El pozo se había cegado, la arena cubría a la mujer hasta los hombros y sobrepasaba más de un metro por encima de la cabeza de Valentín".<sup>31(30)</sup>

No menos grave e inamistosa la condición laboral padecida por los mineros del norte. Caliche (1954), de Luis González Zenteno (1910-1960) es buen ejemplo. Destacable testimonio literario aporta Hijo del salitre (1952), de Volodia Teitelboim (1916). En ambientes nortinos, envueltos en terral, suceden los argumentos poéticos de Nicolás Ferraro (1921). Más próximo en el tiempo, la evocación de ese mundo salitrero en La reina Isabel cantaba rancheras (1994) y en otras novelas de Hernán Rivera Letelier (1950). En un sentido más errante y más libre de sujeciones contractuales, pero igualmente atrapados por la canícula enloquecedora y la sed que impone el desierto, los personajes en Derroteros y Cangalla (1978), cuentos de Mario Bahamonde (1910-1979), amén de un numeroso elenco de autores que exponen el norte en su grandeza no menos que en las severas ceñiduras de la geografía y del trabajo.

---

31 <sup>(30)</sup> LILLO, Baldomero, Sub Terra, pp. 111-112.

Como un bautismo de fiebre y de alucinaciones, los buscadores de vetas conocen la riqueza del sueño y la pobreza presente. Pero la primera no les suelta sino hasta taracearles la piel a base de ímpetus de ira y certezas al borde de barrancos. Ansían el cuerpo de una mujer lo mismo que una noria generosa. Un frenesí. Pueden batirse en un momento a raíz de una palabra, una insinuación o por un crecido rencor. Sin embargo, nada sabe disuadirlos de sus emprendimientos para remover lastres y fatigas. Del cielo se sienten latigazos de hervor e implacables camanchacas, sin términos medios. Todo y nada. Suma y resta convivientes en la sed alucinante. El polvo del arenal registra las huellas de largas andanzas, hasta que pasa el viento y se las lleva en volandas o las sepulta en el silencio de fosas sempiternas. Sólo un estrecho presente les muestra y mantiene en medio de las alturas, los roquedales y las enervantes ausencias.

“Entre los otros quedaban el salitre, las minas y Lena. Y también mediaba la desesperación de la soledad. Al fin, era esta última la que había excitado a los otros fantasmas. Corría jadeando. Corría con el cuerpo tenso y el alma sin vida. La soledad maldecía a la tierra hasta enceguecer a los hombres. Corría atropellando al desierto. No le importaba la suerte de sus compañeros. Lena estaba con ellos ¡Lena... otra sombra de la soledad!”<sup>32(31)</sup>

Correspondió al escritor Andrés Sabella Gálvez (1912-1989) el acierto de mentar a las regiones septentrionales de Chile con el calificativo de su novela *Norte Grande* (1944). En sus páginas, la pampa, la oficina salitrera, la condición laboral de los obreros y la pujante lucha que llevan a cabo Rosendo Aguilera y, también, Pedro González, en pos de una vida digna, alcanza categoría épica, por momentos.

Pampa y humanidad forman amasijo del que afloran fragores de esfuerzo batallador en el trabajo y en la voluntad de justicia. Si la geografía es el espacio de ricas apelaciones al hombre, si ejerce sobre este un hechizo de contemplación o de mimetismo; a su turno, la historia corresponde a los pasos que desbrozan adversidades o inclinan a la fatalidad de la sujeción indigna.

---

32 (31) MAHAMONDE, Mario, *Derroteros y Cangalla*, p. 47.

En ambos ámbitos, el protagonista manifiesta inquietud y encuentra motivos que le personaliza en tanto cuanto decide actuar para sobreponerse a las fuerzas deshumanizadoras que, como el implacable sol, caen sobre el techo de la vivienda y encima de duras percataciones, efectos incrustados en la ocasión de cada día.

La amistad y el deseo son respuestas y estímulos para mantener la vigilia en esas encrucijadas de sino y de libertad que tejen las coordenadas de la novela. En definitiva, habitar en el mundo es sinónimo de lucha para alcanzar a coincidir la mejor y justa armonía posible entre sueño y suelo, entre tierra y cielo, entre hambre y bien que la satisfaga, entre acción y deo contemplativo. Pero en esa lucha se desgarran los días. El mundo: escenario de luz acuchillada por la violencia. Implacable pampa e ineluctables designios traen los instintos, porque la sed escancia delirios y extremas fatigas.

“Nadie la percibe; mas, todos saben que el ángel maldito que talla urnas de fuego en las gargantas.

Ultima sombra sobre los agónicos. Dueña de la mirada final de los perdidos en la inmutable candencia de la arena, ladrona de la postrera gota de agua de los cateadores desesperados, lápida flotante.

¡Oh, negación de los sueños grandes, escultora de caras que la muerte reserva para flores de manicomio”.<sup>33(32)</sup>

El ambiente cuprífero está representado por Baltasar Castro (1919-1989) con la novela *Sewell* (1946) y por Gonzalo Drago (1906-1994), con sus cuentos reunidos bajo el rotulo de *Cobre* (1941) y, también, en *Mister Jara* (1973), ese personaje que representa al descastado que hace lo imposible por negar su origen popular. Capataz de las minas, se sitúa entre dos mundos: el original y el codiciado. A no dudarlo, su abominable conducta asquea y corrobora una de las miserias espirituales mayores en las que alguien puede incurrir, como es la desertión de cuanto corresponde por nacimiento y cultura. El vivir postizo le cobra un subido precio, sin que el esfuerzo mimético en el que incurre logre granjearle la simpatía ni el respeto de quienes abomina

---

33 <sup>(32)</sup> SABELLA, Andrés, Norte Grande, p. 33.



ni de quienes pretende asimilarse en una genética que no es la suya. No se trata de alguien que estudia, viaja y se abre un mundo más amplio que el restringido de lo habitual, y por eso incorporaría nuevos usos y costumbres, sino de un tráfuga de alma a quien le avergüenzan sus rasgos criollos.

"Mister Jara no era feliz. Lo mortificaba su aspecto físico, Le habría gustado ser rubio y blanco, de ojos profundamente azules, pero la naturaleza (ah, maldita naturaleza), lo había marcado de signos externos marcadamente indígenas. Moreno, de ojos separados, nariz roma y labios gruesos, era la antítesis del tipo racial que admiraba; pero lo que más lo desesperaba era la tenaz rebeldía de su pelo que le cubría el cráneo como un grotesco erizo negro".<sup>34(33)</sup>

La pobreza del campesino fue tema preferencial de varios escritores: Leoncio Guerrero (1910-1977), Reynaldo Lomboy (1910-1974), Edesio Alvarado (1926-1981). En relación a la pérdida de tierras por parte de los mapuches, destacaron Lautaro Yankas (1902-1990) y Luis Vuliamy (1929-1988).

A su vez, las condiciones empobrecedoras de la ciudad, los ambientes grises y uniformes, las heridas del ánimo y la chatura ética de los habitantes urbanos está bien representada en algunas obras de Luis Merino Reyes (1912), de Guillermo Atías (1917-1979) y en parte muy destacada de la obra de Jorge Edwards (1931).

En contraste con la extrema calidez nortina, el trabajo de pescadores y de balleneros en el sur aporta situaciones de excesiva necesidad y de desafíos mayores para los hombres. Francisco Coloane (1910-1996) es uno de los representantes más importantes de la australidad. Cabo de Hornos (1941), Golfo de Penas (1945), Tierra del Fuego (1956) son libros señeros que se le deben.

---

34 <sup>(33)</sup> DRAGO, Gonzalo, Antología de cuentos chilenos (N. Guzmán), p. 29.

### 3.5 Más allá de los márgenes

La caída humana y el hundimiento de sus facultades alcanzan conmovedor dramatismo en aquellas existencias sometidas al encierro carcelario o a la reclusión en el nosocomio. El argumento autobiográfico de *Cárcel de mujeres* (1956) escrita por María Carolina Geel (1911-1995) y los cuentos de *Zona de sombras* (1970), de Olga Arratia (1920-1989) llevan a considerar la extrema pobreza de quienes, debido a sus actos o a los extravíos mentales padecidos, pierden el ejercicio de casi toda la libertad, quedando librados a la deliberación y arbitrio ajenos. En ambos casos, lo humano resta supeditado a espacios sórdidos, endebles y deprimentes. Es la muerte que ronda con sus mil rostros en medio de situaciones personales degradadas hasta lo ínfimo, en la violencia que allega orfandad, olvido, separación y un viscoso chapotear en el tedio y la desesperanza.

Culpabilidad y locura, dos estigmas indelebles que obran su perjuicio y extrañamiento, mientras la racionalidad lucha por asimilar lo adverso bajo una atmósfera extremadamente lacerante por inamistosa. Mundo opresor. ¿Cómo es posible reanimar a quien ha delinquido o salvar de los dislates una cordura deprimida? ¿Es la vida quien pregunta a las posibilidades apenas emergentes? ¿O decididamente corresponde a la muerte el cumplimiento racionado, día a día, sueño a sueño, de remordimientos y espesura de tinieblas?

Con todo, una luz se infiltra por las hendiduras de la desesperanza y queda suspenso el amanecer, porque se cae en un fondo que parece interminable. De profundis clamavi ad Te, Domine; Domine, exaudi vocem meam, escribió el salmista. Y viene al caso recordar el salmo 129, porque la invalidez humana toca fondo en esas oscuras noches del alma. Sólo Dios y la soledad náufraga en la nada. Sólo Dios y el corazón en el desgarramiento de los ecos. Fuera, las rejas de la prisión y la multitud que mira sin comprender.

“Entonces, pues, uno inclina la cabeza y empiezan a agitarse las pulsaciones adentro de las venas y la angustia de la vida que corre porque sí hacia la nada se entra en el propio yo abandonado

y solo, en el que en su tristeza tocó fondo, es decir, el que llega a conocer la más mortal de las sensaciones de dolor: el tedio del alma".<sup>35(34)</sup>

Con aleteo poético desfasado de la certidumbre en el trasfondo mental, las distintas patologías de la locura, ese estado de pérdida de todo, menos de la incesante razón, habría dicho Chesterton, los personajes de Olga Arratia prodigan fijaciones en los que la atención queda retenida con parejo destino de referirse a otros. Los doctores son quienes reciben confidencias desbordadas de tanta lucidez como es posible aceptar de las pulsiones delirantes. Palabras con historias. Historias de mujeres. Mujeres desgarradas de sus amores. Lluve el ayer como una resaca de mar encabritado. Los episodios esgrimen una precisión de diálogo dramático en el alma. Todo vuelve a suceder o a ser amenaza. Esas mujeres portan en la piel y en la memoria la obsesión de una punzante y desvariadora circunstancia. En el origen de sus males hay alguien que alza su nombre como un dictamen en donde alguna vez se empantanó la flexible aceptación de lo adverso y, acaso, colmó a toda expectación el vicio seco de la desesperanza.

"Inevitablemente, termina en el Patio Común aquél que entró al Pensionado de primera, seguido de regalías, encargos y lágrimas. En medio de la sin razón de su mal, he visto estallar el orgullo de clase y el rebelarse del cuerpo humano cuando, ya sin ropas, se les coloca la humilde saya del hospital que nos iguala trágicamente en el olvido y la pobreza".<sup>36(34)</sup>

Esa marginación atribulada que sombrea el ánimo y fomenta la desdicha se reconoce en cada persona escogida por la desatención de los otros o debido al juicio apresurado de un diagnóstico que acrecienta la extranjería personal en ambientes de comprensión limitada y rutinaria. De eso trata la narración testimonial de Práxedes Valdivieso (1962), Yo también fui retardada mental (1999).

Acepta ser incluido en este capítulo de situaciones límites

---

35      <sup>(34)</sup> GEEL, María Carolina, Cárcel de mujeres, p. 34.

36      <sup>(35)</sup> ARRATIA, Olga, Zona de sombras, p.36.

Eloy (1969), bandido que vive el apresurado y vehemente recuento de su vida, mientras le asedian los policías. Carlos Droguett (1912-1996) devela la interioridad jadeante de un hombre relativamente joven que exhibe un largo prontuario y una penosa existencia. Pronto la noche cederá esa extraña protección de lo oscuro y el frenético monólogo interior concluirá abatido o esposado. Todo es inminencia de epílogo inexorable en ese hombre que, a trazos de emoción y en recuerdos jaspeados de sentimientos intensos, recupera lo vivido en el borde de la pérdida. Entonces Rosa y Toño, la mujer y el hijo, adquieren mayor presencia significativa. Es el encuentro de la conciencia delante de los dos hechos que mejor saben inundar la vida, germinándola o abatiéndola: el amor y la muerte. Intensidad pura, instintiva, emocional, relampagueante. El asedio, próximamente victorioso, le pisa la sombra y los pensamientos; ya pronto le despojará de todas sus experiencias de identificación, especialmente del ánimo de vivir, esa lucha por llevar a contracorriente aquel forcejeo con las circunstancias adversas.

“Soy enorme de todos modos, se dijo y se sentía pequeño y débil, pero no asustado, ni herido, ni en fatal peligro, sólo cansado, desilusionado, sentía una extraña e íntima soledad, la soledad del abandonado, pero no del perseguido, se repetía, para estar seguro de que eso era y para oír su voz, que era recia y no temblaba y mostraba toda su fuerza. Si no hubiera sido por los bultos que estaban allá, al otro lado de los árboles como al otro lado del país, al extremo de la tierra, al final del invierno, mudos, petrificados, pacientes y vivos, vivos a pesar de que parecían muertos, inanimados e inermes, pescadores prendidos a su anzuelo para extraerlo a él del fondo de la neblina y del frío, de ese invierno interminable, de su intimidación y de su abandono, se hubiera sentido descansado y deseoso de dormir, seguro de sí mismo, de su ropa que sentía seca e íntima junto a su pecho, su vientre y sus muslos; tendrían que llegar hasta ahí, hasta su carne y sus huesos y también más allá, más adentro, más profundo, si querían cogerlo o, por lo menos, matarlo...”.<sup>37(36)</sup>

---

37 <sup>(36)</sup> DROGUETT, Carlos, Eloy, pp. 116-117.

No hay sino vivir la antesala del embargo mayor a que pueden someterle los efectos de sus actos y los rituales del asedio. Eloy asoma en el abismo. Segó otras vidas y ahora van por la suya.

### **3. 6 Sufriente condición femenina**

Si la niñez y la adolescencia suelen poblar las páginas de muchas obras narrativas con su séquito de dolores provocados por la crueldad y la violencia, la presencia esfumada de la mujer retiene para sí ese luto que le asesta la muerte de los suyos, o la precaria condición de instrumento de placer violentado o mal querido por el varón; o, en muchas ocasiones, como efecto de la pobreza extrema que termina por abandonarla en el ejercicio de la prostitución, padeciendo hambre, desdén y una suma de tribulaciones.

Concebida como un ser pasivo, exclusivamente doméstico, y más allá de circunstancias de nivel económico, a la mujer se la presenta en situación inferior desde el mundo masculino. A menudo sojuzgada, el agobio que sufre por falta de horizontes deviene detonante de una explosiva autoexposición o, en su defecto, hurgadora de un mundo que guarda, como secreto mal visto, el cuerpo. Este aspecto de vivenciar su erotismo se ha convertido en marca muy acusada de recientes novelistas.

Ana María del Río (1948) refrenda lo dicho en su novela *Siete días de la señora K.* (1993). La protagonista padece el estatuto de sirvienta fiel de un hombre todopoderoso, tan desconsiderado como cruel. Verdadero dictador, carece de miramientos y sensibilidad para con su esposa. Exige, ordena, descalifica. Violencia psicológica y desafecto al por mayor son las divisas de su conducta abominable. Los actos y gestos, así como sus palabras y egolatrías, establecen un frontón de indiferencia y de dureza imbatible en casa. Es de tal magnitud el desnivel del matrimonio que puede hablarse de una absoluta asimetría de existencias. Subsisten reducidos en un acercamiento obligatorio, mas no de relación afectiva veraz. Desde el momento en que para él, Mauro, la señora K.—quien hace recordar el don nadie

del personaje kafkiano-- no la concibe en calidad de persona, cualquier posibilidad de enlace auténtico queda descartado. A partir de ese olvido tan grosero, la consecuencia no puede ser otra que la desdicha.

“En las mañanas, cuando la señora K entraba con la tercera taza de café y su mañanita intensamente abrochada, casi siempre se le derramaba un poco cuando él la miraba. Pero Mauro ya no tenía esa mirada que ella temía tanto y rezongaba sacando las manchitas de la bandeja con la uña. Entonces, ella sentía que era de vidrio: él parecía mirar a través suyo, como si la cara de la señora K fuera una ventana o un recuerdo molesto. Ni siquiera tenía nombre, pensaba. Todos le decían “señora K” por el apellido de su marido Mauro Kaulynch.

Mauro movía la cabeza por todo y siempre trataba de cazar una mosca imposible, dando manotazos intempestivos que la asustaban y hacían tiritar los resortes del somier. La señora K se sentía como una escoba a punto de jubilar detrás de un mueble. Y es que ella nunca podría caminar como pantera o moverse como leona en el amor, tal como Mauro decía que hacían las mujeres de verdad”.<sup>38(37)</sup>

Típico caso de humanidad rebajada. La desvalorización hace mella en la autoestima, originando en ella un sentimiento de herida permanente y vergüenza de existir. La mordacidad y el desdoro provienen de quien debía ser apoyo y amor. Mundo volcado. Cada jornada es motivo de nueva ocasión de ser confinada en nulidad insignificante.

Precediéndola en varias décadas, algunas ilustres escritoras pusieron su atención en esas existencias apenas advertidas por la historia pública y oficial. María Luisa Bombal, María Flora Yáñez, Marta Brunet (1901-1967), Mercedes Valdivieso (1926-1993), Isabel Allende (1942), Diamela Eltit (1949), Marcela Serrano (1951) y otras han enriquecido la narrativa chilena dejando hablar la voz interior de sus protagonistas. Visto y referido el mundo desde la otra mitad de nuestra especie, los argumentos se abrieron a la intensidad y al dramatismo con

---

38 <sup>(37)</sup> RÍO, Ana María del, *Ni a tontas ni a locas* (Siete días de la señora K), p. 23.

que la mujer pugnaba por conservar sus caracteres específicos, haciendo presente los sueños irrealizados, las insuficiencias de los formatos sociales que la aprisionaban y esa frontera de lo indecible en que las lágrimas pueden ser un lenguaje elocuente.

Recluidas en el ensimismamiento o tronchadas sus necesidades antes de gozar de las debidas consideraciones, las protagonistas denuncian un caer de la existencia en el vacío insignificante o en el avasallamiento que significa ser requeridas sin amor.

Las historias de María Luisa Bombal (1910-1980) son ejemplares al referir vidas sin afecto profundo y, sobre todo, carentes de esa riqueza suprema del sentido edificado en un proyecto vital. Más que vivir, sobreviven. Respiran, abordan algunos sueños quebrados y responden por inercia a las demandas cotidianas. Cada jornada las viste de pobreza semántica, aunque no les falte sustento material y cuenten con la apariencia de una existencia ordenada. Sus almas quedan intocadas por los hombres, pendientes éstos de sus labores, pero nada proclives a acordar con ellas un tránsito unitario de vivir. Por eso, son mujeres empobrecidas y preñadas de tristeza. De tristeza perenne. Padecen de ansiedad mortal, esa dicha imposible que, al fin, desgana cualquier intento de explicación o de vencimiento de la soledad. En la cumbre de la lucidez, vivida como un fulgor póstumo, saben abarcar el fracaso total, miseria de los desencuentros, en palabras que se dirigen a sí o a algunas de sus congéneres, tal el caso de La historia de María Griselda:

“Temblar por el pasado, por el presente, por el futuro; por la sospecha, el rumor o el mero presentimiento que venga a amenazar la tranquilidad que deberás fabricarte día a día. Y disimulando, sonriendo, luchar por la conquista de un pedacito de alma día a día...esa será tu vida.

¡Rodolfo! Hélo aquí a mi lado y a tu lado, ayudándote a salvaguardar los cirios y las flores estrechándote la mano como tú lo deseas.

Un llevar a cabo una infinidad de actos ajenos a su deseo, empeñando en ellos un falso entusiasmo, mientras una sed que

él sabe insaciable lo devore por dentro...esa será su vida.

Ah, mi pobre Anita, tal vez sea ésa la vida de nosotros todos. ¡Ese eludir o perder nuestra verdadera vida encubriéndola tras una infinidad de pequeñeces con aspecto de cosas vitales!"<sup>39(38)</sup>

El peldaño (1974), novela de María Flora Yáñez (1891-1981), cuenta la vida de Nora, quien ha sufrido las pérdidas consecutivas de su único hijo y la de su marido. Después de un tortuoso y lento duelo, aparece Julio en su vida, pianista ensimismado, pero de personalidad interesante. Poco a poco la relación neutraliza el antiguo dolor, sin hacerlo desaparecer completamente. Empero, ella se sabe perteneciente a un borde en la vida de este hombre, y tal insatisfacción la lleva a entregarse físicamente al hermano de aquél, Ernesto, un vividor de espíritu tan grosero como egoísta. Descubierta su doble enlace, cae sobre ella el desprecio inapelable del artista, sin que consiga una actitud valorativa del otro. A partir de ese momento se acentúa la desvinculación respecto de todo, la desborda el miedo y la tentación de morir. Nora es absorbida por la máxima pobreza de la vida: el sinsentido y la desgana.

Aunque pretende consagrarse al cultivo de la música con el secreto anhelo de reconquistar a Julio, al fin se franquea consigo y descubre que ello es tan inútil e insulso, renunciando al intento de aprender lo uno para ganar lo otro. La música no le devolverá el amor. Manos y alma vacías. Pobreza total.

"Un huracán nos deshace la vida. La tierra que pisamos es resbaladiza. No hay que apegarse a nada, a nada. Para qué permanecer en éxtasis frente a seres y cosas que una mano oculta y cruel ha de romper. De pronto el despertar nos mata. Y sin que sepamos nunca por qué, una racha nos aniquila y nuestros pies se hunden entre guijarros hirvientes".<sup>40(39)</sup>

---

39 <sup>(38)</sup> BOMBAL, María Luisa, La historia de María Griselda, pp. 69-70.

40 <sup>(39)</sup> YAÑEZ, María Flora, El peldaño, p. 104.



### 3.7 Ocaso de los venidos a menos

Acaso la decadencia, preludio agridulce del fin, corresponda a una de las situaciones humanas más conmovedoras. Caracterizada por una declinante consciencia y un todavía activo orgullo y confianza en los propios medios personales, así sean estos materiales, de salud o de reputación social, en cada quien se disputa la última refriega del vivir que deshoja los desplantes de una cierta plenitud asediada.

Doña Elisita Grey de Abalos es todo un personaje. Voluntariosa, segura de sí, despacha opiniones acerca del vivir ajeno como quien gozara de un fuero que la protegiera de toda vicisitud y, de paso, le eximiera de zozobras suficientemente poderosas para amagar blasones y vínculos familiares. Su vivir sólo ha conocido de fuerzas centrípetas. Reina puertas adentro, teniendo de arquetipo el pasado esplendor. A los de casa, familiares y empleados de servicio, imagina que giran en torno de ella. Y, en alguna medida, es así. Representa la poderosa inmovilidad y la tenencia del patrimonio, mientras en su entorno un enjambre de enlaces de la servidumbre y, especialmente, el modo lánguido de su nieto Andrés, tan pusilánime como dependiente, experimentan las ansias y escozores del vivir incesante que, a la vera de los tres años de postración de la señora, se abren paso en la soledad sombría de una casona señorial desmejorada.

José Donoso (19254-1996) escribió en la novela *Coronación* (1957) un notable retrato de la decrepitud, comprensible en la nonagenaria, pero alarmante en su nieto. Esa falta de energía vital de Andrés coincide con la disgregación impotente de un mundo cuesta abajo. Mejor: personalidades como la suya son motivo y efecto del crepúsculo que acabará por cerrar postigos y ventanas, con la renuencia de paniaguadas conductas, en su caso, incapaz de cualquier gesto que pudiera romper la oclusión de una vida que ha perdido sabor, porque careció de valentía, de afecto poderoso y de proyecto.

Un postrer impulso de animación lleva a doña Elisita a cambiar la cama por un sillón de su pieza, en el día de su onomástico. Las tinieblas mentales han hecho presa de ella. Es una suerte de

espantapájaros de quien fuera reconocida señora, aunque por momentos goza de raptos de lucidez, lo que hace aconsejable serle obsecuente para no provocar sus iras.

Las empleadas preparan la fiesta y ella es coronada de reina en esa soledad contagiada de patetismo. Es el último resplandor de una astracana en que se despide esa vida.

“En una calle tranquila, en su caserón emperifollado en medio de un jardín desfalleciente, misiá Elisa Grey de Abalos, tocada con su corona de plata florecida, había despertado en su sillón junto a la ventana. Pero su sueño no era muy distinto a su vigilia, tan débil estaba. Ni Lourdes ni Rosario tuvieron la sabiduría de graduar el entusiasmo del festejo a la medida de un ser que el tiempo ha tornado frágil. Quedaba apenas una llamita de vida en la señora, casi, casi nada de conciencia. Sin embargo, divisó estrellas a través de los vidrios llovidos de la ventana, y como ya no era capaz de distinguir distancia ni cercanía, al ver luces remontando por los regueros de mostacillas del suelo hasta los brillos de su vestido de gran aparato, pensó que también eran estrellas del firmamento, y que la envolvían entera. Supuso, entonces, que ya había muerto, y que iba subiendo entre tanta y tan estrella, subiendo muy suavemente camino directo del cielo.

Después cerró los ojos.

Estaba tan agotada que no se dio cuenta de que sólo en ese instante moría, y no antes, cuando creyó ver a todas las constelaciones rodeándola”.<sup>41(40)</sup>

El ocaso de los venidos a menos se cuenta desde otra perspectiva en *La derrota* (1965), de María Elena Gertner (1927). Corresponde a una historia basada en la conducta orgullosa y empecinada de Trinidad Isazmendi, mujer de mediana edad, a quien los traspies de la fortuna familiar y un pésimo matrimonio con un bueno para nada, de quien sólo hereda una impensada viudez y deudas, la llevan a cambiar de domicilio frecuentemente. El agravante de esa decadencia se concreta en casas de barrios cada vez más alejados de las costumbres y expectativas que otrora la animaron, y en las que creciera guiada

---

41 <sup>(40)</sup> DONOSO, José, Coronación, p. 219.

bajo la férula de su madre, una dama que también padeció los reveses de una antigua bonanza.

Aquejada de remordimientos y asimilando trabajosamente el desapacible transcurso de sus días, la protagonista queda a merced de una percatación punzante, como es el reconocimiento de su derrota vital. Porque, aun cuando busque argumentos paliativos, el trasfondo de su contumacia y los disgustos del presente acaban por asir esa existencia disputada por los ímpetus vitales que confirman su humanidad de mujer, al mismo tiempo que los referentes de la memoria: familia, educación, ocasiones tronchadas, contradicen los retazos de la ilusión.

No tarda en aumentar desazones la conducta díscola de su hija Isabelita, renuente a los moldes en que Trinidad intenta encauzar los entusiasmos y preferencias de esa nueva historia personal. Los soportes materiales y el clima humano de un mundo acomodado y presumido han desaparecido para siempre. Restan algunos relumbrones en personas como Trinidad, quien ya está enterada del naufragio completo de un pudo ser y de un fue que, en el ambiente donde debe subsistir dando pensiones en su casa, no conocen de réplica ni de afinidad alguna.

"Ahora sí estaba sola. Sin amante y sin hija, palpando sus muebles destartados, pisando las tablas de su casa odiosa, encarando la derrota sin aplazamientos. Era como tocar fondo, al fin, sin escafandra ni tubos de oxígeno, marchando descalza por las conchuelas puntiagudas y las escamas de los peces; tragando agua salobre y sintiéndola en los pulmones. Sin embargo, era indispensable subsistir en la derrota; doña María Isabel habría hecho lo mismo.

Trinidad se incorporó, y examinó sin piedad su cara estragada, oprimida por el marco dorado del espejo; levantó los ojos, y hallando la aprobación en aquellos semblantes pintados por Movoisin, en las barbas venerables y los albos cuellos, se dirigió al comedor a ordenar que sirvieran la comida, a dar señal para que la vida siguiera su curso".<sup>42(41)</sup>

---

42      <sup>(41)</sup> GERTNER, María Elena, *La derrota*, pp. 220-221.

### 3. 8 Una problemática consagración

En las antípodas de la mera falencia, levántase la pobreza querida con hambre de ideal consagrado en el caso de la novela *El hermano asno* (1922), de Eduardo Barrios (1884-1963).

El ambiente conventual franciscano franquea a la mirada y al oído del lector una situación de controversia espiritual en torno a la pobreza, testimonio y condición de una vida dedicada a seguir las sendas del Señor en la particularidad de San Francisco de Asís.

Fray Lázaro vive la zozobra espiritual de quien se percibe indigno de ser un fraile menor en razón de la insuficiente altura espiritual alcanzada. Su inquieta conciencia le lastima con recriminaciones y permanente autoanálisis. El yo que prorrumpe con sesgo singularizador impide una entrega con gratuidad de criatura bendita y confiada. Su mente: calidoscopio de inquietudes. Escrúpulos y desazones le zarandean. El pasado mundano apremia desde ímpetus y costumbres. La batalla es cotidiana y los días no vislumbran, aunque lo desee, desatarse de tales fuerzas gravitatorias. Contienda que no para en apariencias expone al protagonista a las embestidas del indómito "hermano asno" que es el cuerpo, según la expresión empleada por el Padre y Fundador Seráfico.

"Y heme aquí, Señor, como todos los días, mal contento de mí. Indudablemente, no soy un buen franciscano. Y empiezo a temer que nunca lo sea. Tarde Vine acaso a esta santa morada. El mundo, las gentes, aquel descalabro...; sobre todo aquel descalabro!...asentaron en mí excesiva experiencia; y no puedo ser simple como un buen fraile menor debe ser. No soy inocente, no soy ingenuo. La inocencia es un vacío defendido por el velo de la ingenuidad; y las vicisitudes rasgan velos, nos hacen receptivos, y el vacío se llena de conocimiento. El conocimiento conduce a la claridad; pero a la plenitud franciscana, a la Gracia, nunca".<sup>43(42)</sup>

La condición deseable de la pobreza no consiste únicamente

---

43 <sup>(42)</sup> BARRIOS, Eduardo, *El hermano asno*, p. 10.

en prescindir de bienes materiales. Para transitar los caminos de la otra, espiritual, garantía y verdadera prez liberadora, la materia y los particularismos deben ascender la escala de la sublimación, en el caso de fray Lázaro. Las consideraciones que lo retienen revelan un vaivén interior receloso de engaños maquillados por bonitas razones, más cercanos a la mente que al desasimiento que significa entregarse en un abrazo sencillo y generoso al sumo bien de la Vida y de los seres, presencias éstos de las huellas del Creador.

Se trata de un caso en el que la pobreza, aquella que, paradójicamente, premune de fortaleza espiritual, no fructifica en el alma atribulada del personaje, porque siente la íntima sequedad respecto de la Gracia que no puede ni sabe experimentar, pues, acaso, ella no se aviene al zozobranante espíritu de Lázaro.

El novelista tiene el enorme mérito de mirar el alma desde los entresijos y marañas de la lucha espiritual. Personaje abismado como pocos en las letras chilenas, Fray Lázaro—nótese el nombre-- es la otra faz de la siempre menesterosa condición humana, y en quien, el ideal de consagrado no aminora los énfasis de ímpetus que, siendo legítimos, sobran y desvían del estado religioso, en cambio entablan querella a su apetito de perfección.

#### **IV. Coda entristecida**

Las páginas precedentes quisieron mostrar algunas de las facetas de ese rico ensamble de literatura y pobreza habido en las letras chilenas, particularmente en verso y en prosa narrativa. El desarrollo del tema se nutrió de autores y de libros que, reconociendo su pertinencia, no agotan tan vasto como interesante asunto. Reconozco los límites y la insuficiencia de la muestra, sobre todo de aquellos ejemplos que restaron silentes, debido a las limitaciones que me son del todo atribuibles.

Quede este trabajo en calidad de bosquejo, de asomo y, cuando la buena voluntad así lo crea, de incitación a conocer algo de la mirada atenta que poetas y narradores han dispensado

a la aporreada existencia en los heterogéneos casos humanos. Esa mirada es la que vale la pena retener para mejor aquilatar las bondades del talento, la activa sensibilidad y los numerosos lampos de innegables frutos estéticos con que se ha enriquecido la literatura y, a través de ella, el alma de Chile.

## V. Fuentes consultadas

Alliende, Joaquín: Clavel del aire. Santiago. RIL editores, 1999, 237 p.

Arenas, Braulio: En el mejor de los mundos. Santiago. Ed. Zig-Zag, 1970, 212 p.

Arratia, Olga: Zona de sombras. Santiago. Arancibia Hermanos, 1970, 91 p.

Arteche, Miguel: Antología Cuarta. Santiago. LOM, 1996, 237 p.

Arteche, Miguel; Massone, Juan Antonio; Scarpa, Roque Esteban: Poesía Chilena

Contemporánea. Santiago. Editorial Andrés Bello, 1984, 358 p.

Bahamonde, Mario: Derroteros y Cangallas. Santiago. Editorial Nascimento, 1978, 312 p.

Barrios, Eduardo: El hermano asno. Segunda edición, Buenos Aires. Editorial Losada, 1953, 154 p.

Bombal, María Luisa: La historia de María Griselda. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1977, 81 p.

Castro, Oscar: La vida simplemente. Santiago. Editorial Andrés Bello, 1983, 167 p.

Cruchaga, Rosa: La jarra oscura. Santiago. Ediciones Ala Antigua, 2002, 208 p.

Díaz Eterovic, Ramón: La obsesión de año nuevo y otros cuentos. Santiago. Ediciones La

Gota Pura, 1982, 76 p.

Donoso, José: Coronación. Barcelona. Editorial Seix Barral, 1971, 219 p.

Drago, Gonzalo: "Míster Jara" en: Antología de cuentos chilenos (Nicomedes Guzmán).

Santiago. Editorial Nascimento, 1969, 503 p.

Droguett, Carlos: Patas de perro. Santiago. Editorial Zig-Zag, 1969, 320 p.

Eloy. Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1969, 140 p.

Edwardsbello, Joaquín: El roto. Santiago. Editorial Universitaria, 1968, 166 p.

Geel, María Carolina: Cárcel de mujeres. Santiago. Editorial

Zig-Zag, 1956, 102 p.

España, Aristóteles: Dawson. Octava edición. Chuquicamata, 2003, 99 p.

Gertner, María Elena: La derrota. Santiago. Editorial Zig-Zag, 1965, 221 p.

Guzmán, Nicomedes: Los hombres oscuros. Tercera edición. Santiago. Editorial Zig-Zag, 1946, 188 p.

Lillo, Baldomero: Sub terra. Vigésima edición. Santiago. Ed. Nascimento, 1979, 208 p.

Llanos Melussa, Eduardo: Miniantología. Colección Rayentru, 2003, 66 p.

Memet, José María: Bajo Amenaza. Santiago. Editorial Aconcagua, 1979, 97 p.

Mistral, Gabriela: Poesías Completas. Madrid. Editorial Aguilar, 1968, 836 p.

Neruda, Pablo: Crepusculario. B.Aires, Editorial, Losada, segunda edición, 1967, 109 p.

Canto General. Barcelona. Editorial Orbis, S.A., 1983, 431 p.

Prado, Pedro: Alsino. Santiago. Editorial Andrés Bello, 1986, 214 p.

Scarpa, Roque Esteban: No tengo tiempo. Tomos I y III. Santiago. Editorial Nascimento, 1976, 253 y 343 pp.

Río, Ana María del: Ni a tontas ni a locas. Santiago. Editorial Alfaguara, 2003, 339 p.

Rojas, Manuel: Obras Escogidas, Tomo I. Stgo. Editorial Zig-Zag, 1974, 599 p.

Rokha, Pablo de: Epopeya del fuego. Antología de Naín Nómez. Santiago. Editorial Universidad de Santiago, 1995, 397 p.

Sabella, Andrés: Norte Grande. Santiago. LOM ediciones, segunda edición, 1997, 280 p.

Scarpa, Roque Esteban. No tengo tiempo, Tomos I y III. Santiago. Ed. Nascimento, 1977, 253 p. y 343 p.

Varas, José Miguel: Exclusivo. Santiago. Santiago. Editorial Planeta, 1996, 225 p.

Yáñez, María Flora: El peldaño. Santiago. Editorial Gabriela Mistral, 1974, 114 p.